EL DESEO Y SUS SIMULACROS

Cuenta Ovidio que Pigmalión se enamoró perdidamente de su escultura femenina, llamada Galatea, y Venus le concedió el don de la vida para complacerle. Y los alquimistas medievales trataban de infundir vida a los homúnculos surgidos de sus laboratorios y se asegura que san Alberto Magno consiguió tal prodigio. En ocasiones, la fotografía es capaz de obrar una transfiguración similar. Ahora sabemos que la que fue llamada en sus inicios históricos "espejo de la naturaleza" puede a veces trascender su función meramente especular. El antropólogo británico Edward B. Tylor creó el concepto y la palabra "animismo" para designar la energía vital que habita en ciertos objetos inanimados, según la creencia de algunas culturas primitivas. Primitivas y modernas, debemos añadir a la luz de nuestra experiencia actual. Los soldaditos de plomo con los que han jugado tradicionalmente los niños y las muñecas de las niñas eran para ellos y ellas sujetos vitales, no meras representaciones objetuales.

De las muñecas sabemos que son simulacros muy antiguos y los filólogos no parecen haberse puesto de acuerdo acerca de si su nombre francés, *poupée*, deriva de *pupila* o de la emperatriz romana Popea, quien tras perder la criatura que llevaba en su vientre se consoló con una figura femenina en miniatura que la sustituía. En este caso, como en el de la fotografía de los seres amados, la representación figurativa ocultaba tal estatuto para adquirir el de un ser viviente, por lo menos en la subjetividad de la emperatriz.

En nuestra cultura occidental, las muñecas fueron inicialmente simulacros que servían para educar a las niñas en sus futuras funciones de madre. Esto fue así hasta que en marzo de 1959 una empresa lanzó al mercado desde Nueva York la muñeca Barbie, que apostó por la erotización del simulacro. En adelante, su pedagogía infantil no se dirigiría a la futura madre sino a la futura seductora, a la hembra que debía triunfar en la discoteca, en la pasarela, en la fiesta social o en el mercado del poder masculino. Se iniciaba así un camino que conduciría al fenómeno que desde años se

conoce en inglés como *sexting*, que podría traducirse como "erotización consciente de los menores" y que ha escandalizado a muchos pedagogos y ha abierto un debate social. El fenómeno no ha afectado sólo a la población infantil, sino que la psiquiatría ha acuñado en años recientes el término *pediofilia* para designar a los adultos que se excitan sexualmente con las muñecas y tratan de satisfacer con ellas sus deseos, toda vez que no oponen resistencia al sujeto deseante.

Valga esta prolija introducción para presentar la excepcional colección de fotografías de Romy Querol, que con su habilidad en el encuadre y en la iluminación ha puesto al desnudo, nunca mejor dicho, el atractivo erótico de estos artefactos infantiles que llamamos muñecas y que transitan por la delgada frontera de lo animado y lo inanimado, para turbar nuestra libido. Sus muñecas, sin dejar de serlo, se convierten en insinuantes objetos de placer erótico, fetiches turbadores transmutados en fantasmas sexuales para su contemplador.

Hace falta mucho talento visual y mucha sensibilidad óptica para llevar a cabo la metamorfosis óptica ejecutada por la cámara –un vulgar iPhone- de Romy Querol, quien con sus encuadres y sus iluminaciones convierte la materia inerte en objeto de deseo, pues ha aprendido en sus experiencias existenciales que el erotismo es el arte de la sugerencia. Una inteligencia visual poco común subyace en su mirada educada en interrogar, sin prejuicios, a las formas del entorno cotidiano.

Romy Querol nos replantea aquí con sus muñecas sexuadas la vieja cuestión del narcisismo objetual, con su turbador equívoco, y que nos provoca desde los labios carnosos y el rimmel de juguete, hasta las poses insinuantes y las manos en el pubis. Toda una consumada lección acerca del estatuto del juego erótico que ha aprendido de la vida y de la observación de los objetos del mundo que le rodea. Esta nueva visión de un objeto muy común –las muñecas infantiles- equivale a una relectura ética y estética, no sólo de unos simulacros humanos en miniatura, sino de los equívocos globales agazapados en el entorno visual cotidiano que nos rodea.

Román Gubern